

LA BESTIA DE LA PROPIEDAD Y ORIGEN DEL CAPITAL MODERNO

JOHANN MOST

01 | LA BESTIA DE LA PROPIEDAD

“El único propósito de la clase dominante es el de perpetuar este estado de cosas. La burguesía, aunque raramente unida —algunos buscan ganar ventajas sobre los otros a través de las astucias del mercado, la estafa, la especulación y otras maniobras de la competencia— frente al proletariado se enlaza en una sólida falange. Su ideal político es, por lo tanto, a pesar de todas sus frases liberales, el establecimiento de un gobierno policial, el más centralizado y brutal posible”.

“De todos los animales de presa el hombre es, sin lugar a dudas, el peor”. Esta expresión, muy conocida en la actualidad, solo es relativamente cierta. El hombre en

relación con la riqueza es un animal de presa, más no lo es el hombre en sí mismo. Cuanto más rico es un hombre, más grande es su codicia, a tal monstruo le podemos llamar “la bestia de la propiedad”. Es ese hombre el que dirige actualmente el mundo, el que hace miserable a la humanidad y aumenta en crueldad y en voracidad con el progreso de nuestra supuesta “civilización”. A ese hombre vamos a definir ahora y vamos a preconizar su exterminación.

¡Mirad a vuestro alrededor! En todas los países llamados “civilizadas”, de cada 100 hombres 95 se encuentran desposeídos de todo, mientras que los cinco restantes son ricos.

No es necesario reconstituir todos los caminos que estos tomaron para ganar sus bienes. El solo hecho de poseer todo, mientras que otros viven o más bien subsisten, evidencia claramente que se enriquecieron a expensas de la mayoría.

Esta horda ha tomado, en el transcurso de la historia, posesión de la tierra como de todas las riquezas a través de la fuerza bruta y directa, del engaño o del fraude. La ley de herencia, el derecho de sucesión y de cambio de manos le confieren a este robo una coloración “venerable” y, consecuentemente, han mistificado y borrado el verdadero carácter de esos actos. Por ello, “la bestia de la propiedad” no es plenamente reconocida por lo que es sino, por el contrario, adorada con un respeto temeroso.

Además, todos aquellos que no pertenecen a su clase son sus víctimas. Cuando el niño de todo aquel que en este mundo no posee nada (un hombre pobre) llega al mundo encuentra, cada esquina y rincón de la tierra, ocupada, todo tiene “su señor”. Sin trabajo nada puede producirse, y para poder trabajar es necesario no solamente la habilidad y la voluntad, sino también un lugar, herramientas, materias primas y medios de subsistencia. Por ello, el hombre pobre tiene, por fuerza de necesidad, que someterse a aquellos que poseen estas cosas en abundancia. Y ¡vean Uds.!, los ricos le darán el permiso de seguir existiendo. A cambio de ello, el hombre

pobre tiene que despojarse de su competencia, de su habilidad y de su fuerza; de ahora en adelante estas cualidades estarán a disposición de sus pretendidos “salvadores” que los meterán bajo el yugo del trabajo; exigiéndoles el más alto grado de sus facultades mentales y físicas para producir nuevos tesoros, que de todas maneras, no podrán poseer. ¿Deseará reflexionar un tiempo con respecto a un contrato tan desigual? Los ruidos de su estómago le convencerán rápidamente de la urgencia y le recordarán que hay millones de seres que se encuentran en la misma situación y que el riesgo de que centenas de otros hombres pobres se presenten en su lugar, mientras él piensa, es grande; así su oportunidad se le escapará entre los dedos y se encontrará de nuevo a la merced de los vientos.

El látigo del hambre obliga al hombre pobre a someterse; para poder vivir tiene que venderse —venderse “voluntariamente”— cada día, cada hora a la “bestia de la propiedad”.

Antaño —en los tiempos en los que los ladrones cristiano-germanos robaban países enteros, privando a sus habitantes del suelo, y los sometían a un sistema feudal—, cuando la clase “dominante” cazaba esclavos, sujetando a sus víctimas con fierros y los forzaba a trabajar para su beneficio personal la época era ya terrible. Pero el orden público contemporáneo, el sistema actual ha alcanzado la cumbre de la infamia: ha desposeído a más de los nueve décimos de la humanidad de sus medios de existencia, los ha reducido a la dependencia de una insignificante minoría y los ha condenado al auto-sacrificio.

Al mismo tiempo, este sistema ha disfrazado esta relación con diversos pases de prestidigitación de manera que los esclavos de hoy, los esclavos asalariados, sólo se reconocen parcialmente en su servitud y en su puesta fuera de la ley y atribuyen todo eso a los caprichos de la suerte.

El único propósito de la clase dominante es el de perpetuar este estado de cosas. La burguesía, aunque raramente unida —algunos buscan ganar ventajas sobre los otras a través de las astucias del mercado, la estafa, la especulación y otras maniobras de la

competencia— frente al proletariado se enlaza en una sólida falange. Su ideal político es, por lo tanto, a pesar de todas sus frases liberales, el establecimiento de un gobierno policial, el más centralizado y brutal posible.

Si el hombre pobre, se encuentra momentáneamente incapaz de venderse a un explotador del trabajo, o se encuentra ya reducido a la impotencia por “la bestia de la propiedad”, recurre a la mendicidad, el burgués harto se indigna contra este “vagabundo” y recurre a la policía, reivindicando la picota y la prisión para el pobre diablo que rechazó morir de hambre en medio de una montaña de comida.

Cuando el desocupado opta por la tan cacareada auto-asistencia, es decir, cuando hace en pequeña escala lo que el rico hace impunemente a lo grande: robar para vivir, la burguesía amontonará los carbones ardientes de “la indignación moral” sobre su cabeza para luego, con un rostro austero, entregarlo implacablemente al Estado, a las prisiones en donde se le trasquilará de la manera más eficaz, es decir, la más barata.

Cuando los trabajadores se asocian para obtener mejores salarios, reducción de horas de trabajo u otras ventajas de este sistema, los opulentos ponen el grito en el cielo hablando de “conspiración” y exigen que sea contrarrestada.

Cuando los trabajadores se organizan políticamente, se denuncia esta resistencia al “orden divino” y se exige que sea invalidada por las leyes de excepción o de discriminación.

Si finalmente los trabajadores se preparan para la rebelión, “los tigres de oro” profieren un tal grito de rabia que se escuchará en todo el mundo —su fanatismo por las masacres y su sed de sangre son insaciables—.

La vida del hombre pobre no tiene valor para el rico. Este, en tanto que propietario del buque, pondrá en peligro la vida de todo el equipaje cuando su objetivo sea obtener fraudulentamente una elevada seguridad sobre la base de un buque a la deriva y arruinado. La mala ventilación, la profundidad de las excavaciones, los soportes defectuosos, etc., etc., provocan cada año la muerte de miles de mineros, pero así

se economizan gastos, por lo tanto se aumentan beneficios y los propietarios de la mina no tienen ninguna razón de considerarse desgraciados. El pachá de la industria tampoco se preocupa si sus obreros son desmenuzados por las máquinas, envenenados por los productos químicos o sofocados por la suciedad y el polvo. ¡El beneficio ante todo!. Las mujeres cuestan menos que los hombres: los vampiros capitalistas buscan su sangre con una insaciable rapacidad; además la mano de obra femenina le procura prostitutas a bajo precio.

La carne infantil es la menos cara de todas: ¿porqué nos sorprendemos cuando los caníbales de la sociedad moderna se deleitan de sus juveniles víctimas?. ¿Qué les puede importar la extenuación física y mental de los niños pobres durante toda su vida, que miles de ellos, miserables, y habiendo llegado al límite de su fuerza en su tierna edad, fallezcan?. Los stocks aumentan, eso los alegra.

Como la burguesía, gracias a sus capitales, monopoliza, completamente todas las invenciones, la introducción de cada máquina nueva, en vez de reducir las horas de trabajo y aumentar la prosperidad y el bienestar de cada uno, engendra, por el contrario, despidos para algunos, reducciones de salarios para otros así como un aumento y una intensificación de la miseria para todo el proletariado.

Cuando un aumento de la producción va de par con un aumento de la pauperización de las masas, el consumo tiene que simultáneamente decrecer, el estancamiento y la crisis tienen que sobrevenir. La concentración de la sobreabundancia de la riqueza actual en manos de pocos engendra hambre, tifus y otras epidemias en las masas numerosas. La injusticia, hasta la estupidez, de lo que acabamos de afirmar es evidente. Los opulentos levantan, evidentemente, los hombros. Esto lo seguirán haciendo hasta que una cuerda bien ajustada por encima de los hombros acabe definitivamente con todo ultraje.

Al trabajador no se le engaña únicamente de múltiples formas como productor, sino también como consumidor. Innumerables parásitos lo acosan para desposeerlo de su miserable salario.

Los productos llegan, luego de haber pasado por múltiples manos, de haber sido almacenados en diferentes ocasiones, de haber aumentado

su precio suficientemente para contener el beneficio del intermediario, de los agentes de cambio, las tasas y derechos de aduana, finalmente a las manos de los minoristas cuya clientela esta compuesta casi exclusivamente de proletarios. Los mayoristas “hacen” (es decir se meten fraudulentamente en el bolsillo) unos 10 a 20 % de beneficios gracias a esas transacciones; el minorista exige un beneficio de 100% y para obtenerlo es capaz de recurrir a toda clase de manipulaciones y no tienen reparos para adulterar los alimentos. Estos ladrones mantienen relaciones directas con los que envenenan y falsifican la cerveza, el vino, el licor, etc., aquellos que por su infame tráfico hacen peligrosas nuestras calles y nuestros centros industriales. Luego tenemos a los propietarios de los inmuebles que buscan incesantemente envenenar la existencia del pobre. Las condiciones de vivienda son cada vez peores, los alquileres aumentan y los contratos son cada vez más humillantes. Los obreros viven amontonados en los patios, en los desvanes y en los sótanos llenos de parásitos, humedad y moho; las cárceles son generalmente mejores para la salud que estos huecos para ratas.

Cuando el obrero no tiene trabajo, se encuentra de nuevo a la merced de una horda de especuladores del hambre dispuestos a saltarle por encima para completar su ruina. Los usureros, y otros prestamistas de la misma calaña, le adelantan pequeñas sumas de dinero, a una tasa de interés elevada, a cambio de los haberes que aún le quedan al pobre. Los contratos están tan bien contruidos que es casi imposible respetarlos: los objetos desposeídos como prenda son confiscados y el pobre arruinado se hunde en la miseria más completa. Los estranguladores, por el contrario, amasan su fortuna en poco tiempo. El mendigo es considerado por alguno de esos tiburones como un buen pagador. Cada centavo provoca la codicia del propietario de las pocilgas y otros antros innobles. Hasta los ladrones son objeto de esta expoliación capitalista, se les transforma en esclavos de audaciosos encubridores y de alcahuetes que compran las mercancías robadas a cambio de migajas. Si, hasta a esas mujeres sin fortuna, que el execrable sistema actual conduce a la prostitución, los propietarios de los burdeles y de las “casas de mal vivir” las estafan sin vergüenza alguna. Este es el lote del pobre, desde la cuna hasta la tumba, cuando produce o consume está rodeado siempre de vampiros feroces, sedientos de su última gota de sangre. Del otro lado esta el hombre

rico que, a pesar de su incapacidad de justificar su avaricia, no para su trabajo de explotación. El que posee 3.000.000 de dólares quisiera tener 10.000.000, el que tiene 100.000.000 quisiera 1.000.000.000.

La sed de riqueza y la sed de poder son gemelas. La riqueza no genera únicamente más riqueza, sino que da luz también al poder político. Bajo el sistema capitalista actual la venalidad es un vicio generalizado. La regla se resume al precio que hay que pagar para comprar a aquellos que, a través de sus discursos o su silencio, por la pluma o por los medios de comunicación, por sus actos de violencia o todo otro medio, se ponen al servicio de la “bestia de la propiedad” que por sus dictámenes en oro, sigue siendo el poder absoluto, la verdadera divinidad.

En Europa y en América, varias centenas de miles de curas y otros ministros del culto, envenenan el buen sentido de las masas. Innumerables misioneros distribuyen, casa por casa, volantes desprovistos de sentido cometiendo todo tipo de estragos “espirituales”. En las escuelas, se hacen increíbles esfuerzos por invalidar lo poco que la lectura, escritura y cálculo podrían aportar de bueno. La forma estúpida como se enseña “la historia” suscita las tomas de posición que dividen a las gentes y les impide reconocer que sus opresores se han ligado, desde hace mucho tiempo, contra ellos y que toda política, pasada y presente, solo tiene un objetivo: establecer firmemente el poder de la clase dominante y con ello asegurar la explotación del pobre por el rico.

El comercio de la intoxicación es dirigido por los rasca-papeles de la prensa cotidiana (en su mayoría falsificadores de la historia), por los cabrones de politiqueros de diferentes bandas, camarillas, coaliciones y organizaciones en boga, por los charlatanes de parlamentarios y sus seductoras sonrisas: promesas en los labios, traición en el corazón, y por centenas de otros politiqueros, de todos niveles y matices de bajeza.

Escuadrones enteros de bandidos son especialmente reclutados para mistificar la cuestión social. Los profesores de economía política, por ejemplo, juegan el rol de lacayos de la burguesía, exaltan al ternero de oro como un verdadero sol de vida, usan tan “científicamente” bien la falsificación y el timo para llegar a demostrar que curtir el cuero de

los trabajadores es benéfico para la humanidad. Algunos, de estos charlatanes preconizan la reforma social, es decir, el viejo método de lavar sin mojarse, y ni hablar de su célebre receta para economizar y educar.

Sin dejar de embaucar a las masas, los caballeros capitalistas del pillaje perfeccionan sus mecanismos de poder; crean nuevas funciones, y los puestos de dirección son otorgados, en Europa, a los descendientes de los antiguos bandidos (hoy “aristócratas”) y en América a los postulantes más audaciosos y a los más descarados ladrones que asocian su agradable bisnes de falsificación, el robo a gran escala y su objetivo original: el amortajamiento definitivo del proletariado. Para lo que dirigen ejércitos de soldados, de policías, de guardias civiles, de espías, de jueces, de funcionarios de prisiones, de perceptores, de recaudadores de impuestos, de albaceas testamentarios, etc., etc. Los ejecutantes de estas tareas degradantes se reclutan casi exclusivamente en los rangos de los no poseedores y son raramente bien pagados, a pesar de la energía que despliegan para ser los espías, las orejas indiscretas y husmeadoras, las garras, los dientes y las ventosas del Estado. Este último no es más que la organización política de la horda de estafadores y de expoliadores que, sin la maquinaria tiránica, no podría sobrevivir un solo día frente a la justa cólera y condenación de los oprimidos y los desposeídos.

Este sistema ha alcanzado naturalmente su punto culminante en casi todas las antiguas naciones. El aparato disciplinario del Estado se concentra en el poder monárquico, sus representantes, “por la gracia de Dios”, representan, como se debe, la quinta esencia de la infamia. En ellos, el vicio y el crimen, común a toda la clase dirigente, se desarrolla a un grado monstruoso. El asesinato sistemático (la guerra) es su ocupación preferida; cuando roban, y lo hacen frecuentemente, roban siempre a comarcas enteras y a centenas, véase miles de millones de gentes. Encienden colosales fogatas para iluminar sus atrocidades. Según ellos, la humanidad existe para que ellos puedan darle patadas, cachetearla y sentarse encima de ella... y ello ¡por principio!

Estos asesinos coronados de Europa se embolsan, gracias al chantaje directo, cada año 50.000.000 de dólares. El militarismo, su amada progenitura, cuesta anualmente 1.000.000.000 de dólares, sin contar las

pérdidas en vidas humanas y en trabajo. Una suma igual a ésta es pagada como interés de los 20.000.000.000 dólares de la deuda que el Estado contrajo en un tiempo incomparablemente corto. La monarquía en Europa cuesta anualmente 2.050.000.000 dólares, es decir, más de lo que 10.000.000 trabajadores ganan como salario en el mismo tiempo y que permitiría a 50.000.000 personas vivir.

El lugar que ocupan los monarcas es ocupado por los monopolios en América. Si, en estos Estados Unidos de América, pretendidamente “libres”, los monopolios continúan desarrollándose a la misma velocidad que en este cuarto de siglo, solamente el aire y la luz del día permanecerán libres de monopolización. Doscientos cincuenta millones de hectáreas de tierra en los Estados Unidos, unas seis veces la superficie de Gran Bretaña, y de Irlanda, fueron divididas en una generación entre las compañías ferroviarias y los grandes propietarios de la tierra de origen Europeo-aristócrata. Vanderbilt atesoró, en solamente algunas décadas, 200.000.000 de dólares, y varias docenas de sus competidores en los dominios del robo prometen superarlo. Se fundó San Francisco hace apenas treinta años, ¡hoy esta ciudad cobija ochenta y cinco millones de habitantes! Toda la riqueza de esa gran república, a pesar de que cuenta un siglo de existencia, todas sus minas, sus yacimientos de hulla, sus pozos petroleros, etc., etc, han sido “tomados” a las gentes y se han transformado en la propiedad de un puñado de aventureros audaces y de hábiles intrigantes.

La “soberanía del pueblo” se prosterna en el polvo bajo la influencia de estos reyes del dinero, de estos magnates de los ferrocarriles, de estos barones del carbón y de estos propietarios de fábrica. Estas gentes tienen a los Estados Unidos en sus bolsillos, y lo que se alaba como una legislación sin obstáculos y elecciones libres no es más que pura farsa, ilusión y trampa.

Si estas son las condiciones de la selva verde, ¿qué podemos esperar del árbol viejo? Si la joven república americana, con su territorio casi ilimitado y sus recursos naturales casi infinitos, fue también fatalmente corrompida y arruinada, en un lapso tan corto, por el sistema capitalista ¿cómo puede sorprendernos el resultado del abuso similar de la naturaleza que se perpetúa continuamente en la servil y podrida Europa?

En este momento, parecería que la joven república americana tiene por única y sola misión histórica la de demostrarnos, una vez por todas, de los dos lados del Atlántico, gracias a la presentación de los hechos desnudos, tangibles e incontestables, que la “bestia de la propiedad” es un monstruo horrible y que ni la calidad de la tierra, ni la extensión del territorio, ni las formas políticas de la sociedad jamás podrán alterar la perversidad de este animal de presa. Por el contrario, los hechos prueban que cuanto menos la codicia individual y la rapacidad tienen razón natural de existir, más peligroso e inoportuno para la sociedad deviene ese animal. La “bestia de la propiedad” no es voraz para satisfacer sus necesidades, sino que ¡devora únicamente por el placer de tragar!

¡Qué los que trabajan para vivir comprendan que este monstruo no puede ser domado, ni amaestrado, ni volverse inofensivo, o útil al hombre, qué sepan que la única salida posible es una implacable, despiadada y minuciosa guerra de exterminación! Tratarlo bien no sirve para nada. Desprecio e ironía, serán los resultados a los que el proletariado tendrá que atenerse si, gracias a las elecciones, peticiones u otras estúpidas tentativas similares, pretende imponer el respeto a su enemigo jurado.

Algunos afirman que la educación general traerá los cambios, pero esta opinión común no tiene sentido. La educación solo será posible si se destruyen los obstáculos, lo que no podrá darse antes que todo el sistema actual sea destruido.

Pero no se piense que todo o nada se puede o debe hacer por medio de la educación. Lejos de ello. Todo aquel que reconozca la infamia de las condiciones actuales tiene que alzar la voz para denunciarlas y, con ello, abrir los ojos de las gentes. Para llegar a este resultado hay que evitar solamente las reflexiones supercientíficas, dejémosle esto a los bien intencionados hombres de ciencia que de esta manera arrancarán la máscara de humanidad a la “mejor clase” y desvelarán el rostro repugnante del predator. El lenguaje necesario y para el proletariado tiene que ser claro y enérgico.

Todo aquel que pronuncie discursos será acusado, por el populacho que nos gobierna, de incitación al disturbio, será amargamente odiado y

perseguido; lo que demuestra que la única educación posible y práctica debe tener naturaleza incitativa. Por lo tanto, ¡incitemos!

Mostremos al pueblo como los capitalistas de la ciudad y del país lo desposeen de su fuerza de trabajo, como los propietarios, los comerciantes, etc. le quitan su pobre salario, como los curas de la cátedra, de la prensa y del partido buscan destruir su intelecto, como la policía está siempre dispuesta a maltratarlo, a tiranizarlo y a llamar a la soldadesca para esparcir su sangre. ¡Qué finalmente la paciencia lo abandone! ¡El pueblo se enfrentará y aplastará a sus enemigos!

La revolución proletaria, la guerra del pobre contra el rico, es el único camino que conduce de la opresión a la liberación.

Algunos afirmarán: ¡las revoluciones no se fabrican! Lo que es cierto, pero pueden prepararse dirigiendo la atención de las gentes hacia la inminencia de tales acontecimientos, preparándolas a estar preparadas para toda eventualidad.

El desarrollo capitalista, que muchos teóricos afirman que llevará a la extinción total de la clase media (pequeña burguesía) antes que las condiciones favorables de una revolución social se encuentren al alcance de la mano, ha alcanzado un tal grado de perfeccionamiento que todo nuevo progreso parece casi imposible. La producción universal (en los países civilizados) solo podrá proseguir a gran escala, tanto en la industria como en la agricultura, cuando la sociedad se organice sobre bases Comunistas, y (lo que es una evidencia) cuando el desarrollo de la técnica se acompañe de una reducción de horas de trabajo y que el consumo aumente con la producción.

Esto se comprende fácilmente. A través de la producción generalizada se puede alcanza una producción de 10 a 100 veces superior a la necesidad que los productores tienen de mercancías, de valor equivalente y es en este nivel que se encuentra la fricción. Hasta hace poco, el plusvalor no ha sido objeto de mucha atención puesto que, de una parte, este supuesto beneficio fue capitalizado, es decir utilizado para crear nuevas empresas capitalistas, y de otra parte, porque los países más industrializados (mejor dicho: La “bestia de la propiedad”

en esos países) exporta enormes cantidades de mercancías. Sin embargo, ahora el proceso comienza a andar capa caída. La industrialización ha generado grandes progresos por todo el mundo, equilibrando cada vez más las importaciones y las exportaciones. Por ello es cada vez menos rentable hacer nuevas inversiones de capitales que, en esas circunstancias, solo podrán revelarse rápidamente infructuosas. De ello derivará la crisis universal que hará reventar estas incongruencias flagrantes.

Por ello, todo está maduro para el Comunismo. Es solamente necesario suprimir a los enemigos empedernidos e interesados: los capitalistas y sus instigadores. El pueblo se preparará, en el transcurso de estas crisis, para la lucha; todo dependerá, entonces, de la presencia de un núcleo revolucionario bien entrenado sobre todos los puntos, dispuesto a cristalizar en torno a él a todas las masas de gentes lanzadas por la miseria y la necesidad de trabajo hacia la rebelión y capaz de dirigir las fuerzas poderosas que así se constituyen hacia la destrucción de todas las instituciones hostiles existentes.

02 | CAPITAL Y TRABAJO [EXTRACTO] ORIGEN DEL CAPITAL MODERNO

Hemos visto cómo se convierte el dinero en capital, cómo sale de éste la plusvalía y cómo la plusvalía engendra nuevo capital. Sin embargo, la acumulación de capital presupone la plusvalía, la plusvalía la producción capitalista y ésta la existencia en manos de los productores de grandes masas de capital y fuerza de trabajo. Todo este proceso parece suponer una formación de capital que no es resultado sino punto de partida del régimen capitalista de producción:

la acumulación originaria del capital.

Los economistas burgueses de ordinario la ponen fácil. Dicen ingenuamente que en tiempos de Maricastaña había unos cuantos hombres diligentes quienes poco a poco, a costa de trabajos, se hicieron más ricos, mientras que los demás, más haraganes, se hundieron en amargas necesidades y, con ello, no poseían nada más que su fuerza de trabajo, la que por

fin, para poder vivir, tuvieron que vender, cayendo de esa manera en situación de dependencia. Añaden que esa situación se ha ido heredando hasta nuestros días. De esta manera, todo lo que hace referencia al desarrollo económico parece sin más haber procedido de manera idílica, cuando sabido es que en la historia real desempeñan un gran papel la conquista, la esclavización, el robo y el asesinato; la violencia, en una palabra.

Los presupuestos del sistema de producción capitalista son ya conocidos de los lectores; éstos saben que, por un lado, había poseedores de medios de producción y por el otro poseedores de fuerza de trabajo y que unos y otros podían disponer de lo propio a su antojo. Sabemos, además, que los poseedores de fuerza de trabajo no sólo tenían que ser libres en el sentido de que no pertenecían corporalmente a nadie, sino que también eran libres de cualquier otro haber, pues de otra manera no se habrían sentido constreñidos a vender voluntariamente su fuerza de trabajo. Por fin, se dijo también cómo se conserva esa relación. La aparición de la misma no puede ser otra cosa que la disociación entre el trabajador y los medios de producción; la formación originaria del capital es la culpable de tal

proceso. Comporta toda una serie de procesos históricos; (para ser más exactos), se trata de una serie doble: por un lado, la disolución de las relaciones que constituían al operario en posesión de tercero; por otro, disolución de la posesión de los medios de trabajo por parte del productor.

Este proceso de escisión abarca toda la historia evolutiva de la sociedad burguesa moderna, la que se explicaría del todo si los historiadores no expusieran sólo la emancipación del trabajador de los vínculos feudales, sino también la transmutación del sistema feudal de explotación en el que actualmente existe. El punto de partida de este proceso fue la esclavización del obrero; su continuación estriba en un cambio de forma de esa esclavitud.

Aunque los primeros indicios de producción capitalista se presentan ya, esporádicamente, en algunas ciudades del Mediterráneo durante los siglos XIV y XV, la era capitalista sólo data, en realidad, del siglo XVI. Allí donde surge el capitalismo hace ya mucho tiempo que se ha abolido la servidumbre y que el punto de esplendor de la Edad Media, la existencia de ciudades soberanas, ha declinado y palidecido.

En la historia de la acumulación originaria hacen época todas las transformaciones que sirven de punto de apoyo a la naciente clase capitalista, y sobre todo los momentos en que grandes masas de hombres se ven despojadas repentina y violentamente de sus medios de producción para ser lanzadas al mercado de trabajo como proletarios libres. Base de todo este proceso es la expropiación violenta de la posesión de bienes raíces y del suelo perpetrada contra el campesino. Esta expropiación se llevó a cabo de diversas maneras, pero tomaremos como ejemplo a Inglaterra, pues es allí donde este proceso se efectuó de forma más evidente.

En Inglaterra, la servidumbre había desaparecido ya, de hecho, en los últimos años del siglo XIV. La mayor parte de la población se dedicaba a la agricultura; abundaban los labriegos libres que cultivaban sus propios campos, mientras que unos pocos eran jornaleros que, de todas maneras, disponían de un par de mañanas para cultivar su labranza, además de que podían compartir los terrenos comunales. A pesar de todo, los labriegos mantenían con los señores feudales relación de vasallaje.

A fines del siglo XV y comienzos del XVI, cuando la realeza adquirió poderío absoluto, ordenó el licenciamiento de las huestes feudales, con lo que una muchedumbre de hombres fue lanzada al mercado del trabajo. Pero esto no fue más que un pequeño preludio de la transformación (que se iba a seguir), pues los propios feudales crearon un proletariado incomparablemente mayor cuando echaron a los labradores de sus bienes raíces y de la posesión del suelo, se anexionaron las tierras comunales y robaron terrenos a discreción.

El florecimiento que por aquella sazón tuvo la manufactura lanera de Flandes operó el alza de la lana, por lo que los feudales transformaron enormes áreas de campo de labor en pastos. Fueron innumerables las alquerías que se arruinaron o que fueron arrasadas, pero floreció la ganadería ovejuna.

Fue de este modo como la clase obrera inglesa se precipitó directamente, sin transición, de la edad de oro a la edad de hierro. La legislación se echó a temblar con la transformación que se estaba operando, pero los antídotos que empleó fueron tan inútiles como contraproducentes.

Cuando la Reforma, los bienes de la Iglesia fueron expropiados también y perseguidos sus beneficiarios, convirtiéndose en proletarios. Con la llegada de Guillermo III de Orange, ocuparon el poder también los capitalistas: estos elementos consagraron la nueva era entregándose en una escala gigantesca al saqueo de los terrenos de dominio público, que hasta entonces sólo se había practicado en proporciones muy modestas. Por fin se llegó al extremo de asignar legítimamente los bienes comunales a los señores rapaces; es decir, que los lores que fabricaron esas leyes se atribuyeron propiedad popular.

En lugar de los labriegos independientes, junto a unos cuantos grandes terratenientes aparecieron muchos pequeños arrendatarios, independientes y serviles. El latrocinio de terrenos, llevado a cabo sistemáticamente, trajo enormes bienes a los hacendados, mientras que, al propio tiempo, dejó a la población campesina disponible como proletariado al servicio de la industria, tanto más rápidamente cuanto con más firmeza la transformación de la agricultura de pequeña en gran economía seguía el paso de la depredación de las tierras. A clarar, se denominaba a

esto, cuando se despojaba en tropel a la gente. En el siglo XVIII se prohibió a los expropiados que se trasladaran a otras tierras, con el fin de impelerlos violentamente a la industria.

Así, pues, la depredación de los bienes de la Iglesia (que en un principio, a su vez, se consiguieron con falacias y estafas), la fraudulencia de los bienes del Estado, el robo de las propiedades comunales y la metamorfosis de la propiedad feudal en la moderna, junto con la expulsión concomitante de los campesinos, fueron los métodos nobilísimos y sin mácula de la acumulación originaria del capital. Con estos métodos se abrió paso a la agricultura capitalista, se incorporó el capital a la tierra y se crearon los contingentes de proletarios libres y privados de medios de vida que necesitaba la industria de las ciudades.

Los contingentes expulsados de sus tierras al disolverse las huestes feudales y ser expropiados a empellones y por la fuerza de lo que poseían, formaban un proletariado libre y privado de medios de existencia, que no podía ser absorbido por las fábricas con la misma rapidez con que se le arrojaba al arroyo. Por otra parte, estos seres que de repente se veían

lanzados fuera de su órbita acostumbrada de vida, no podían adaptarse con la misma celeridad a la disciplina de su nuevo estado. Y así, una masa de ellos fue convirtiéndose en mendigos, salteadores y vagabundos. De aquí que, a fines del siglo XV y durante todo el XVI, se dictasen en Europa occidental una serie de leyes persiguiendo a sangre y fuego el vagabundaje. Aquellos que habían sido arrojados de sus bienes y de sus tierras fueron estigmatizados por negarse a trabajar, fueron azotados y atormentados, se les convirtió en esclavos y hasta sufrieron la pena capital. Mientras, los hacendados eran gente respetable. No basta con que las condiciones de trabajo cristalicen en uno de los polos como capital y en el polo contrario como hombres que no tienen nada que vender más que su fuerza de trabajo. Ni basta tampoco con obligar a éstos a venderse voluntariamente. En el transcurso de la producción capitalista se va formando una clase obrera que desde el nacimiento está ya acostumbrada a esta relación de dependencia. La organización del capital rompe toda resistencia, al paso que la reproducción constante de obreros sobrantes mantiene el salario en el escalón más bajo. De esta manera, se mantiene el predominio del capitalista sobre el trabajador, mediante las leyes

naturales de la producción capitalista. Durante la génesis histórica de la producción capitalista no ocurre aún así, La burguesía naciente necesita y requiere el poder del Estado para regular los salarios -es decir, para fijarlos lo más bajo posible-, para alargar la jornada laboral e incluso para mantener a los obreros en la sumisión. Es éste un factor esencial de la llamada acumulación originaria.

Durante los siglos XIV y XV los jornaleros no eran aún muy numerosos y estaban bastante próximos, socialmente, a sus patronos; sin embargo, la legislación sobre el jornal iba siempre contra el obrero y llevaba el sello de su explotación.

Ya antes se habló de la prolongación, por la fuerza, de la jornada laboral, por lo que aquí sólo mencionaremos que incluso en los primeros tiempos de la producción capitalista el salario se regulaba según leyes. Se fijaron las tarifas más altas y se conminó con severo castigo a quien diera o percibiera cantidad mayor, pero sí se podía siempre pagar menos, a discreción. Las coaliciones de obreros se trataron en Inglaterra como graves crímenes, desde el siglo XIV hasta 1825.

Después de exponer el proceso de violenta creación de los proletarios libres y privados de recursos, cómo se les convirtió a sangre y fuego en obreros asalariados y la sucia campaña en que el Estado refuerza policíacamente, con el grado de explotación del obrero, la acumulación del capital, cumple preguntar: ¿cómo surgieron los primeros capitalistas? Pues, la expropiación de la población campesina sólo crea directamente grandes terratenientes.

Los arrendatarios que entraron en lugar de los labradores, en su mayoría no eran más que unos don nadie a quienes los hacendados proveían de semillas, ganado y aperos de labranza, pero que podían quedarse con una participación de los productos del suelo. Una vez que el colono logro hacerse con un capital de explotación, a costa de jornaleros y del cultivo de los pastos comunales usurpados por el terrateniente, convierte aquella participación en paga de una renta estipulada por contrato. Distintas contingencias favorables permitieron que este nuevo tipo de arrendatario se enriqueciera paulatinamente. Dichas circunstancias fueron los contratos a 33 años todavía vigentes en el siglo XVI, la depreciación de los metales nobles, el alza de precio de los productos del campo que

aquella acarreó; la disminución de los salarios, etc, Por fin, la gran industria echa los fundamentos firmes del capitalismo agrario con la introducción de la maquinaria, completando su divorcio total de la industria. Parte de los arrendatarios se transforma en arrendatarios capitalistas y parte en proletarios.

La génesis del capitalista industrial no se desarrolla de un modo tan lento y paulatino como la del arrendatario. Es indudable que ciertos pequeños maestros artesanos y, todavía más, ciertos pequeños artesanos independientes, e incluso obreros asalariados, se convirtieron en pequeños capitalistas. Estos pequeños capitalistas explotaron enérgicamente a los jornaleros, engrosando su capital hasta convertirse por fin en capitalistas en el verdadero sentido de la palabra. En el periodo de la infancia de la producción capitalista ocurrió principalmente, como en el periodo de la infancia de las ciudades medievales, en que la pregunta: ¿cuál de los siervos huidos llegaría a ser el amo y cuál el criado?, se dirimía las más de las veces por el orden de fechas en que se escapaban. Sin embargo, la lentitud de este método no respondía en modo alguno a las exigencias comerciales del nuevo mercado mundial, creado por los

grandes descubrimientos de fines del siglo XV. Pero la Edad Media había legado dos formas distintas de capital que han existido en casi todas las sociedades que históricamente nos son conocidas: el capital usurario y el capital comercial.

El régimen feudal, en el campo, y en la ciudad, el régimen gremial, impedían al dinero capitalizado en la usura y en el comercio convertirse en capital industrial. Estas barreras desaparecieron con el licenciamiento de las huestes feudales y con la expropiación y desahucio parciales de la población campesina y la caída de las ciudades gremiales (corporated towns). Las nuevas fábricas habían sido construidas en los puertos marítimos de exportación o en lugares del campo alejados del control de las antiguas ciudades y de su régimen gremial.

El descubrimiento de los yacimientos de oro y plata en América, la cruzada de exterminio, esclavización y sepultamiento en las minas de la población aborigen, el comienzo de la conquista y el saqueo de las Indias Orientales, la conversión del continente africano en cazadero de esclavos negros: son todos hechos que señalan los albores de la era de la producción capitalista. Estos procesos idílicos representan otros tantos factores

fundamentales en el movimiento de la acumulación originaria. Tras ellos, pisando sus huellas, viene la guerra comercial de las naciones europeas, cuyo escenario fue el planeta entero. Las diversas etapas de la acumulación originaria tienen su centro, por un orden cronológico más o menos preciso, en España, Portugal, Holanda, Francia e Inglaterra. Es aquí, en Inglaterra, donde a fines del siglo XVII se resumen y sintetizan sistemáticamente en el sistema colonial, el sistema de la deuda pública, el moderno sistema tributario y el sistema proteccionista. En parte, estos métodos se basan, como ocurre con el sistema colonial, en la más avasalladora de las fuerzas. Pero todos ellos se valen del poder del Estado, de la fuerza concentrada y organizada de la sociedad, para acelerar a pasos agigantados el proceso de transformación del régimen feudal de producción en el régimen capitalista y acortar los intervalos. La violencia es la comadrona de toda sociedad vieja que lleva en sus entrañas otra nueva.

El sistema colonial hizo madurar el comercio y la navegación asegurando mercados y precios elevados a las manufacturas nacientes. El botín conquistado fuera de Europa mediante el saqueo

descarado, la esclavización y la matanza, refluía a la metrópoli para convertirse aquí en capital.

Con la deuda pública, surgió un sistema internacional de crédito, detrás del cual se esconde con frecuencia, en tal o cual pueblo, una de las fuentes de la acumulación originaria. Así, por ejemplo, las infamias del sistema de rapiña seguido en Venecia constituyen una de esas bases ocultas de la riqueza capitalista de Holanda, a quien la Venecia decadente prestaba grandes sumas de dinero. Otro tanto acontece entre Holanda e Inglaterra en el siglo XVIII y ahora entre Inglaterra y los Estados Unidos de Norteamérica. Muchos de los capitales que hoy comparecen en Norteamérica sin cédula de origen son sangre infantil recién capitalizada en Inglaterra.

El sistema proteccionista fue un medio artificial para hacer fabricantes, expropiar a obreros independientes, capitalizar los medios de producción y de vida de la nación y abreviar el tránsito del antiguo al moderno régimen de producción. En el continente europeo una parte del capital originario de los industriales sale directamente del erario público. ¿Para qué -exclama Mirabeau- ir a buscar tan lejos la causa del esplendor manufacturero de Sajonia

antes de la Guerra de los Siete Años? ¡180 millones de deuda pública!

El sistema colonial, la deuda pública, la montaña de impuestos, el proteccionismo, las guerras comerciales, etc., todos estos vástagos del verdadero periodo manufacturero se desarrollaron en proporciones gigantescas durante los años de infancia de la gran industria. El nacimiento de esta potencia es festejado con la gran cruzada heródica (en relación a Herodes) del rapto de niños. Los fabricantes lucran al por mayor con los niños de los asilos y orfanatos, de los cuales la mitad muere en las extenuantes jornadas de día y noche y la otra mitad de hambre. Con los progresos de la producción capitalista durante el periodo manufacturero, la opinión pública de Europa perdió los últimos vestigios de pudor. Se jactaba de todo lo que operaba el aumento del capital, incluida la infame trata de negros. El divorcio entre obreros y condiciones de trabajo, a saber: por un lado la transformación de los medios sociales de producción y de sustento en capital y por el otro la masa del pueblo en esclavos del salario desposeídos (trabajadores libres), es producto artificial de la historia moderna. Si el dinero, según Augier, nace con manchas naturales de sangre en un carrillo,

el capital viene al mundo chorreando sangre y lodo por todos los poros, desde los pies a la cabeza.

¿A qué tiende la acumulación originaria del capital, es decir, su génesis histórica? Cuando no se limita a convertir directamente al

esclavo y al siervo de la gleba en obrero asalariado, determinando por tanto un simple cambio de forma, la acumulación originaria significa, pura y exclusivamente, la expropiación del productor directo o, lo que es lo mismo, la destrucción de la propiedad privada basada en el trabajo.

E/W